

**CAPÍTULO TERCERO**

**EL FACTOR CULTURAL**

## EL FACTOR CULTURAL

Por JAVIER JORDÁN ENAMORADO

Como su mismo título indica, el propósito de este capítulo consiste en estudiar la trascendencia del factor cultural en la convivencia de los países bañados por el Mediterráneo Occidental; y destacar al mismo tiempo la importancia que tienen los elementos culturales en las cuestiones de seguridad en la región. No pretendemos confeccionar, por tanto, un simple listado de las acciones que se han llevado a cabo hasta el momento en materia de cooperación cultural entre las dos orillas (enumeración que se habría quedado anticuada al poco tiempo de editar esta *Monografía*), sino reflexionar sobre la influencia de las peculiaridades, elementos y diferencias culturales en la percepción y el comportamiento de los actores internacionales. Algo a tener muy presente a la hora de tratar sobre la cooperación, la seguridad y la convivencia en el área mediterránea.

### **El factor cultural en las relaciones internacionales y en las cuestiones de seguridad**

#### *La importancia de los valores culturales en las relaciones internacionales*

De un modo amplio, la cultura podría definirse como el conjunto de modos de vida y costumbres, y como los conocimientos y el grado de desarrollo artístico y científico de una determinada sociedad. Asimismo, de una forma también muy general, pero más profunda, podría entenderse como el modo de ver la vida y de comportarse ante ella.

La cultura no se limita a los «aspectos más elevados de la mente» como el arte, la música, la pintura y la literatura, sino que se refiere en general a las formas de vida de los miembros de una sociedad o de sus grupos. Incluye el modo de vestir, las costumbres matrimoniales y la vida familiar, las pautas laborales, las ceremonias religiosas y los pasatiempos. No es posible hablar de una sociedad carente de cultura, ya que sin cultura no seríamos en absoluto «humanos», en el sentido que normalmente entendemos este término (Giddens, 1998).

En la cultura propia de cada sociedad se encuentran contenidos muchos de los valores de la misma. Esto resulta de especial importancia, puesto que al hablar de valores nos referimos a los criterios previos que un individuo tiene ya formados antes de actuar, y de los que parte para elegir el fin, escoger unos u otros medios, etc. Los valores son, por tanto, los distintos modos de concretar o determinar la verdad y el bien que constituyen los fines naturales del hombre. Su característica es que valen por sí mismos; lo demás vale por referencia a ellos (Yepes, 1996). Lo queramos o no, lo sepamos o no, todos actuamos según unos valores determinados. Pueden ser muy variados (la utilidad, la belleza, el poder, el dinero, la familia, la patria, la tradición, la ecología, la sabiduría, el rendimiento físico, la libertad, la felicidad, Dios, etc.). Cada persona tiene sus valores y su propia escala dentro de ellos. El valor y la jerarquía de los mismos, así como su coherencia respecto a ellos, influyen en la grandeza o mezquindad del individuo en cuestión. El conjunto de esos valores proviene de tres fuentes:

1. Lo que está vigente en la sociedad en la que se vive y que uno ve como normal.
2. Lo recibido por medio del aprendizaje y de la educación.
3. Lo descubierto por medio de la experiencia personal o indirectamente (la experiencia en otros).

De este modo, la cultura a la que uno pertenece y en la que uno se encuentra inmerso influye notablemente en la formación de tales valores, de modo especial a través de las fuentes una y dos. Al mismo tiempo, la cultura repercute sobre la percepción de la realidad y sobre el modo de comportarse en la vida, aunque —a su vez— la vida también influye sobre la cultura. De ahí que la cultura no sea algo inmutable sino que sus contenidos evolucionen con el tiempo.

Se entiende, por tanto, que la cultura deba ocupar un lugar nada despreciable a la hora de comprender el comportamiento de los diferentes acto-

res en el escenario internacional, junto a otros elementos como podrían ser el tipo de Estado o de régimen político, el talante de sus líderes, sus características económicas y sociales, su potencial militar, su situación geográfica, etc. La teoría realista de las relaciones internacionales ha entendido el interés propio (*self interest*) como el criterio de acción por excelencia de los Estados, y aunque —en nuestra opinión— es innegable la naturaleza egoísta de las relaciones internacionales; conviene no perder tampoco de vista el componente cultural en las decisiones y acciones de los Estados, tanto de sus dirigentes y líderes políticos, como de los distintos actores sociales y de la opinión pública.

### *La teoría de Huntington sobre el choque de civilizaciones*

Un autor que ha hecho especial hincapié en la importancia de los valores culturales en las relaciones entre países y Estados, y en la configuración del orden mundial ha sido el conocido profesor de Harvard, Samuel P. Huntington. Su tesis sobre un futuro choque de civilizaciones (1993) ha recibido numerosas críticas (Ajami, 1993; Rubenstein y Crocker, 1994; Couloumbis y Veremis, 1994; Fuller y Lesser, 1995), y —a nuestro juicio— justificadamente. Sin embargo, la teoría de Huntington tiene el mérito de destacar los factores culturales como un elemento a tener presente en el estudio de las relaciones internacionales.

A la hora de exponer su tesis, Huntington prefiere hablar de civilizaciones antes que de culturas, ya que entiende a las primeras como el grado más elevado y la entidad más amplia de personas que comparten elementos culturales comunes. Según este autor, la cultura de un pueblo del sur de Italia posiblemente difiera de la otro situado en el norte del país, pero ambos compartirán unos rasgos culturales semejantes —la cultura italiana— que a su vez los distinguen de la cultura de un pueblo alemán. Al mismo tiempo, las sociedades europeas poseen determinadas características culturales que las diferencian de las sociedades árabes o chinas. Sin embargo, no se podría decir que los árabes, chinos y occidentales forman parte de una entidad cultural común y más amplia, sino que cada uno de ellos pertenece a civilizaciones distintas. La civilización sería, por tanto, la unidad cultural superior. Huntington habla de siete u ocho grandes civilizaciones (la occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y, con dudas, la africana).

¿Cuáles serían las causas que provocarían el choque? Según este autor, el origen se encontraría en las diferencias entre dichas civilizaciones. Unas

diferencias no sólo reales sino fundamentales, esenciales. Las civilizaciones se diferencian unas de otras por la historia, la lengua, la cultura, la tradición y, lo más importantes, por la religión. Las personas de distintas civilizaciones tienen diferentes puntos de vista sobre las relaciones entre Dios y el hombre, los individuos y el grupo, el ciudadano y el Estado, los padres y los hijos, el marido y la mujer, así como distintas visiones sobre la importancia relativa de los derechos y las responsabilidades, la libertad y la autoridad, la igualdad y la jerarquía. Esas diferencias son productos de siglos. No desaparecen en seguida. Son más importantes que las diferencias entre ideologías o regímenes políticos (Huntington, 1993: 25).

Unido a ese carácter esencial de las diferencias entre civilizaciones se encontraría el fenómeno de la creciente interacción entre personas de diferentes culturas. Según él, ese contacto intensificaría la conciencia de la propia identidad y, al mismo tiempo, evidenciaría los puntos comunes y diferentes de las otras civilizaciones. En muchas ocasiones esas disimilitudes serían origen de animosidades e incomprensiones.

Huntington identifica como tercera causa del «choque» el auge de los fundamentalismos, originados a su vez por el vacío de identidad que provoca la inmigración de un país a otro, o del campo a la ciudad, así como otra serie de cambios que han supuesto la pérdida de las raíces locales, sociales o familiares. Al mismo tiempo, Huntington habla de una vuelta a la propia identidad o esencia por parte de las culturas no occidentales, que contrasta con la preponderancia de la civilización occidental en los terrenos económico y político. Advierte de la existencia de procesos de «hinduización», «reislamización», «rusificación», «asianización», etc. en las diversas civilizaciones del planeta.

El carácter menos mutable de los elementos civilizacionales convierte a su vez en más complicada la resolución de las diferencias entre culturas; por encima incluso de las controversias económicas o ideológicas. Una persona o grupo de personas pueden pasar de pobre a rico, o de apoyar un sistema autoritario a practicar la democracia, sin embargo, no pueden dejar de pertenecer tan fácilmente a una civilización. Huntington (1993: 27) lo describe de un modo muy gráfico: en los conflictos de clase o ideológicos la pregunta clave era «¿de qué lado estás?», y la gente podía elegir entre uno otro bando. En los conflictos entre civilizaciones, la cuestión es «¿tú qué eres?». Eso es algo que no se puede cambiar. Y como se sabe, desde Bosnia, pasando por el Cáucaso y Sudán, la respuesta equivocada a la pregunta puede significar una bala en la cabeza. Por último, Hunting-

ton advierte que el creciente regionalismo de la economía está favoreciendo la formación de bloques económicos regionales que suelen caracterizarse por cierta homogeneidad civilizacional.

Como consecuencia de todo esto, Huntington concluye en que, cada vez más, los individuos van a definir su identidad en clave étnica, religiosa o cultural; por encima de otras consideraciones de tipo ideológico, político y económico. El resultado será un ensanchamiento de la brecha que separa las distintas civilizaciones, dentro de las cuales las personas se verán a sí mismas como «nosotros» frente a «ellos». Según este autor, el choque entre civilizaciones se producirá a dos niveles. A pequeña escala, entre las líneas divisorias de las civilizaciones, generalmente de forma violenta, y con el fin de hacerse con el control del territorio vecino. En un nivel superior, los Estados de las distintas civilizaciones competirán por el poder económico y militar, procurarán dominar las instituciones internacionales y las terceras partes, y se esforzarán por que sean sus valores religiosos y políticos los que prevalezcan.

Huntington dedica el resto de su artículo a describir los presentes y futuros escenarios en los que se producirá tal choque de civilizaciones. Escenarios que a nuestro juicio no son reales y carecen de fundamento, ya que se basan en una preponderancia excesiva del factor cultural, por encima de otros intereses y elementos que influyen también en la política exterior e interior, y de adjudicar a las civilizaciones el carácter de actor internacional, relegando el papel de los Estados y de otras entidades transnacionales.

Sin embargo, el propósito de este análisis de la teoría de Huntington no es tanto criticar su tesis, como descubrir los elementos acertados que hay en ella. A nuestro parecer, los rasgos que este autor atribuye a las civilizaciones son en su mayor parte acertados y coinciden con lo que hemos apuntado al principio de este trabajo. Huntington habla de la creciente importancia que están adquiriendo los rasgos culturales en la formación de la propia identidad en determinadas sociedades, aunque no en todas; del carácter esencial, fundamental y casi inmutable de dichos elementos en la propia personalidad; y de la influencia de los valores culturales en la forma de percibir la realidad y, por tanto, de comportarse en ella. Hay que reconocer el mérito de Huntington al llamar la atención sobre tales consideraciones.

De este modo, se justifica la necesidad de tener presente el factor cultural a la hora de analizar las relaciones internacionales en una determinada

región —de modo especial en aquellas donde conviven culturas claramente diferenciadas, como la que tratamos en esta *Monografía*—, aunque sin conceder tampoco una preponderancia excesiva a dicho componente.

### *El factor cultural en las cuestiones de seguridad*

Al margen de los conflictos étnicos, en los que evidentemente las consideraciones culturales (tradiciones, religión, lengua, pasado histórico, etc.) tienen un peso notable, el factor cultural juega también un papel relevante en las cuestiones de seguridad.

De todo lo tratado hasta el momento podemos deducir fácilmente que la cultura influye en el modo de ver la vida y de comprender el comportamiento de los demás. Es decir, la cultura determina, al menos parcialmente, la percepción; y como consecuencia se convierte en un elemento importante al estudiar los temas de seguridad.

Con esto no queremos decir, ni mucho menos, que existan unas culturas más agresivas o violentas que otras (aunque es cierto que algunos derechos humanos son valorados de forma diferente según la cultura). Lo que pretendemos destacar es que las diferencias culturales pueden llegar a convertirse en un obstáculo —aunque no siempre, ni necesariamente— a la hora de aplicar un tratamiento cooperativo de la seguridad.

Es un hecho comúnmente aceptado que la homogeneidad facilita la cooperación, ya que los actores esperan unos de otros una conducta previsible. Este fenómeno se suele aplicar al tipo de regímenes (Aron, 1963) pero lo mismo se puede decir cuando dichos actores pertenecen a culturas similares. Por el contrario, las diferencias culturales pueden dificultar la cooperación, ya que en función de tal diversidad el comportamiento de unos y otros se considere menos sencillo de prever. La diferencia cultural constituye un factor susceptible de originar desconfianza. Tratar con desconocidos, con individuos cuyas costumbres y forma de pensar son diferentes a las nuestras, o que simplemente nos resultan incomprensibles, genera recelos. Y eso es algo que conviene tener presente en materia de seguridad.

Por otra parte, en muchas ocasiones existen prejuicios entre unas culturas y otras que, de forma más o menos determinante, pueden influir sobre las decisiones de los actores internacionales. Así, y aunque desde luego no fuera la única razón, durante la Segunda Guerra Mundial el secretario

de Defensa, Forrestal, se opuso a la posibilidad de trabajar junto a los soviéticos en los proyectos secretos de fabricación de la bomba atómica, argumentando que la mentalidad de los rusos era asiática, similar a la de los japoneses, y, por tanto, no se podía confiar en ellos (Downs, Rocke y Siverson, 1985). A su vez, esas ideas preconcebidas pueden responder a causas en las que quizás también se encuentren razones culturales: de supremacía de una cultura sobre otra, o sentimiento de inferioridad o rechazo de una respecto a la otra.

### *La cooperación cultural como instrumento de confianza*

A pesar de los pronósticos pesimistas derivados del choque de civilizaciones o de las susceptibilidades que puedan originarse en la percepción entre unas culturas y otras, las diferencias culturales no son insalvables y es posible hablar de la cooperación cultural como fenómeno de las relaciones internacionales. La cooperación cultural podría entenderse como la concertación bilateral o multilateral, institucionalizada o no, entre dos o más actores internacionales con el objetivo de satisfacer intereses comunes con finalidad cultural o de promover el desarrollo de otras culturas (Gamarra, 1998).

Generalmente, al hablar de este tipo de cooperación se suele incidir en su dimensión de desarrollo cultural propio o ajeno. Aunque se trata de una finalidad importante, existe otra función que se encuentra relacionada con lo que hemos tratado hasta el momento y que también conviene destacar: la cooperación cultural favorece el conocimiento entre distintas culturas y, por tanto, contribuye a prevenir y solucionar problemas de percepción. En definitiva, la cooperación cultural evita que se produzcan posibles «choques de civilizaciones» a pequeña o gran escala.

De este modo, la cooperación cultural en el Mediterráneo, además de contribuir al desarrollo social, económico y político de la ribera sur; tiene una importancia capital para el fomento de la confianza entre ambas orillas. Entendida así, la cooperación cultural se convertiría en lo que en la literatura de seguridad se denominan medidas de fomento de la confianza CBM (*Confidence Building Measures*); éstas podrían definirse como actos realizados unilateral o multilateralmente que son resultado de una decisión genuina y específica de intentar modificar y reconfigurar las percepciones hostiles de los dirigentes respecto a las intenciones o capacidades del actual o potencial adversario. [...] Estas medidas pueden ser de naturaleza militar, política, económica o socio-cultural y pueden variar según la situación (Chadna, 1992: 14).

Como ya aparece recogido en otro capítulo de esta *Monografía*, en el terreno puramente militar las CBM consisten en intercambios de información sobre el inventario de armamento, los niveles de preparación, las doctrinas, etc., de las Fuerzas Armadas del supuesto contrario. El objeto de tales prácticas es que el conocimiento mutuo despeje las dudas sobre una posible intención amenazante o agresiva por parte del otro. Sin embargo, desde el punto de vista teórico resulta cuestionable la efectividad del simple intercambio de información como origen de confianza. Según algunos autores (Macintosh, 1987), esta concepción de las CBM fallaría, al estar basada en el modelo de actor racional dentro del proceso de toma de decisiones.

La información en sí no genera necesariamente confianza, ya que es filtrada por los valores, prejuicios e ideas establecidas de los receptores. Según el enfoque hermenéutico de la racionalidad humana, cuando un determinado actor se enfrenta a un problema complejo e incierto tiende a aplicar experiencias pasadas y a recurrir a su sistema de creencias. La percepción de ese asunto se lleva a cabo dentro de la estructura de pensamiento de ese actor en cuestión.

De ahí, que las CBM culturales pueden jugar un papel muy importante en el proceso general de fomento de confianza, ya que se dirigen especialmente a eliminar prejuicios y susceptibilidades que obstaculizan tal proceso en otras materias. Como veremos en las páginas siguientes, la cooperación en el plano civilizacional resulta particularmente necesaria para el progreso de las iniciativas mediterráneas (López Aguirrebengoa, 1997).

Los objetivos de las CBM culturales y, desde esta perspectiva, de la cooperación cultural serían, por tanto (Sainz de la Peña, 1994):

- Alcanzar un conocimiento mutuo que modifique la estructura de la percepción recíproca.
- Frustrar lo que Mohammed Arkoun ha denominado «el imaginario recíproco negativo».
- Aceptar al «otro» como es, admitiendo su derecho a ser diferente.
- Asumir que el principal objetivo no es alcanzar el acuerdo o un único punto de vista, sino un conocimiento mutuo a través del respeto a la diferencia y de la tolerancia.

No obstante, para que las CBM en el ámbito cultural tengan éxito es conveniente que el proceso de fomento de confianza reúna cuatro condiciones previas (Guba y Lincoln, 1989):

- Conviene crear un clima de naturalidad que favorezca la comunicación abierta y el flujo de información.
- Las personas que participen en el proceso deben actuar con apertura de mente, siendo receptivos e invitando a formular todas las definiciones y soluciones posibles a los problemas que se plantean.
- Debe haber espacio para discutir y evaluar libremente las distintas opciones y posturas.
- Conviene prestar atención a los motivos profundos de la conducta del «otro».

Como es lógico, en determinadas ocasiones no resultará sencillo fomentar la confianza, ya que estas condiciones previas serán difícilmente alcanzables. La confianza es algo que no se puede imponer; surge naturalmente. En cualquier caso este tipo de medidas pueden ayudar al proceso CBM, ya que contribuyen al conocimiento mutuo.

Los agentes de las CBM cultural no son sólo los Estados, sino que esta tarea recae también sobre las instituciones culturales, educativas, científicas y religiosas, sobre los grupos y asociaciones, y —en general— sobre toda la sociedad civil.

### **Los problemas de percepción en el Mediterráneo Occidental**

A pesar de que han existido periodos de convivencia pacífica, es innegable que durante siglos, el Mediterráneo ha sido escenario de numerosos enfrentamientos entre las civilizaciones islámica y occidental.

La expansión inicial árabe-islámica, desde principios del siglo VII hasta mediados del VIII, estableció el dominio musulmán en gran parte de las tierras que rodean el Mediterráneo, concretamente en la regiones del norte de África, península Ibérica y Oriente Medio. A esta primera oleada siguieron dos siglos en los que las líneas divisorias entre islam y cristianismo permanecieron más o menos estables. Después, a finales del siglo XI, los cristianos reafirmaron su control en el Mediterráneo Occidental, conquistaron Sicilia y tomaron Toledo. En el año 1095 se pusieron en marcha las Cruzadas, y durante siglo y medio, los cristianos intentaron, cada vez con menor éxito, establecer su dominio sobre Tierra Santa y los territorios adyacentes del Levante. En el año 1291 cayó Acre, el último bastión cristiano en la zona. Por aquella época comenzó a gestarse el Imperio otomano. Los turcos debilitaron a Bizancio, conquistaron gran parte de los Balcanes, y se extendieron por casi todo el norte de África, controlando

de este modo la ribera sur del Mediterráneo. En el año 1453 tomaron Constantinopla, y en 1529 asediaron Viena. Por tanto, durante prácticamente un milenio el sur de Europa se encontró bajo la amenaza constante de los ejércitos musulmanes (Huntington, 1997).

El expansionismo otomano se frenó en el siglo xvi. A partir de ese momento la frontera que separó a ambas civilizaciones fue permeable a los contactos técnicos y humanos, pero más hermética en lo referido a los trasvases culturales entre ambas riberas; desde entonces, se acentúa el aislamiento y la separación entre los dos mundos. En Europa comenzaron a formarse los Estados-Nación, lo que llevó a potenciar la identidad distintiva —basada en la idiosincrasia del país en cuestión—, y a profundizar en las propias creencias y formas de organización; al tiempo que la atención recayó cada vez más sobre los asuntos del Viejo y del Nuevo Continente. Fue en este periodo cuando se forjaron muchos de los estereotipos negativos de una cultura respecto a la otra y viceversa, a través de la creación —por ambas partes— de modelos de interpretación sobre el adversario que identificaban los caracteres generales del «otro» como la negación y lo contrario a lo propio. Las concepciones generadas en esta época fueron heredadas por los siglos posteriores, incluido el presente (De Bunes, 1995).

A lo largo de la Edad Moderna, el Imperio turco entró en decadencia, lo que permitió un creciente intervencionismo europeo en los asuntos árabes. Durante el siglo xix y principios del xx, la mayor parte de los países islámicos del Mediterráneo se encontraron de un modo u otro bajo el dominio occidental; y, en el caso del Magreb, la experiencia colonial afectó a toda la región. Los procesos de descolonización de dicha zona, fueron relativamente pacíficos —salvo el caso de la guerra de independencia argelina—, aunque también se produjeron distintos episodios armados (guerra del Sidi Ifni, combates aislados en el Sáhara Occidental, batalla de Bizerta en Túnez...). Resulta, por tanto, inevitable que la memoria colectiva de los pueblos de una y otra ribera del Mediterráneo se encuentre marcada negativamente por dicho legado (Aguirre, 1997). Roberto Aliboni, profesor del Instituto Affari Internazionali, resume de la siguiente manera la importancia que tienen los factores culturales e históricos en las relaciones en la región: el Mediterráneo no es un centro naturalmente destinado a engendrar solidaridad, sino más bien una frontera que separa dos mundos que, cultural, económica y políticamente, están muy lejos el uno del otro como son el mundo judeo-cristiano y el islámico, el desarrollo y el subdesarrollo, el democrático y el autoritario.

Ello no significa que la cooperación y la seguridad estén excluidas. [...] La seguridad y la cooperación son posibles, pero no se han de dar por inevitables (Menéndez del Valle, 1995: 41). Algo similar afirma Mohammed Arkoun, aunque con tintes más pesimistas: Ante las actuales formas de pensar, las confrontaciones ideológicas, los miedos reales o imaginarios, y la ignorancia alimentada, es irreal pensar en una reestructuración política, económica, y mucho menos cultural e histórica, del espacio mediterráneo (Chourou, 1998: 293)

### *El islam percibido desde Occidente*

En el caso de Occidente, distinguiremos dos niveles de percepción. Por un lado, lo que podríamos llamar la visión del ciudadano medio; y, por otra parte, la opinión de los líderes políticos, especialmente la de los responsables de la política exterior.

En el primer nivel, la imagen del *mare mágnum* denominado «mundo árabe» o «mundo islámico», dentro del cual se engloban e identifican realidades diferentes, se encuentra muy determinada por la visión que de él ofrecen los medios de comunicación. Los acontecimientos y las noticias relacionadas con el régimen iraní, el caso Rushdie, la guerra del Golfo, la crisis argelina, la guerra de Chechenia, la de Daguestán, los atentados terroristas contra extranjeros en Egipto o Argelia, y los altibajos del proceso de paz de Oriente Medio, generan una percepción negativa —tanto en Europa como en Estados Unidos— de la civilización islámica, a la que se considera implícitamente como oscurantista, radical y violenta; objeto de numerosos prejuicios y estereotipos.

En una encuesta realizada a la población y a los dirigentes norteamericanos en noviembre de 1994, el 61% de una muestra de 35.000 estadounidenses interesados en política exterior consideraron el «renacimiento islámico» como una amenaza para los intereses de Estados Unidos en Oriente Medio; y, asimismo, el 33% de la población y el 39% de los líderes calificaron como un desafío la posible expansión del fenómeno islamista. En algunos países europeos, las percepciones son similares. En la primavera del año 1991, el 51% de los franceses consideraban que la principal amenaza para Francia venía del Sur, y sólo un 8% decían que procedía del Este. Los cuatro países a los que los franceses temían más eran musulmanes: Irak (52%), Irán (35%), Libia (26%) y Argelia (22%) (Huntington, 1997: 256-257). En España, aunque la mayor parte de la población (79%) no piensa que exista actualmente ninguna amenaza pro-

veniente del exterior, los que opinan que sí la hay la sitúan preferentemente en el norte de África (Del Campo, 1998). Desde luego, el valor de los datos obtenidos por las encuestas puede ser relativizado, pero en cualquier caso pone de manifiesto la existencia de una percepción negativa respecto al mundo árabe.

Tal percepción se ha visto reforzada en el plano teórico por la obra de Samuel Huntington, a la que nos hemos referido con anterioridad. Dicho autor identifica diferentes líneas de fractura entre civilizaciones, entre las que se encuentra la zona de fricción entre las civilizaciones occidental e islámica. Huntington (1993: 31-32) la describe del siguiente modo: El conflicto en la línea de fractura las civilizaciones occidental e islámica se encuentra vivo desde hace 1.300 años. [...] Después de la Segunda Guerra Mundial, Occidente inició la retirada; los imperios coloniales desaparecieron. Por su parte, surgieron el nacionalismo árabe y el fundamentalismo islámico; Occidente se hizo profundamente dependiente de los países del golfo Pérsico en lo relativo a la energía; los países productores de petróleo se hicieron ricos en dinero y, cuando lo desearon, ricos en armas.

Se sucedieron varias guerras entre los árabes e Israel (creado por Occidente). Francia combatió una cruenta y salvaje guerra en Argelia más allá de la década de los años cincuenta. Las fuerzas británicas y francesas invadieron Egipto en 1956; las fuerzas norteamericanas desembarcaron en el Líbano en 1958; años más tarde, retornaron al Líbano, atacaron Libia y sostuvieron varios enfrentamientos armados con Irán; terroristas árabes e islámicos, apoyados por al menos tres gobiernos de Oriente Medio, utilizaron el arma del débil, hicieron explotar bombas en aviones de pasajeros e instalaciones occidentales y capturaron rehenes. Esta guerra entre los árabes y Occidente culminó en 1990, cuando Estados Unidos envió un gigantesco ejército al golfo Pérsico con el fin de defender algunos países árabes de uno de ellos. Como consecuencia, los planes de la Organización del Tratado del Atlántico Norte están prestando una creciente atención a las potenciales amenazas e inestabilidades que se presentan a lo largo de su «flanco sur». La interacción militar que ha existido durante siglos entre Occidente y el islam no va a desaparecer. Incluso es posible que se haga más virulenta. Aunque, como ya vimos páginas atrás, la tesis de Huntington ha sido ampliamente contestada, la idea de un futuro choque de civilizaciones ha trascendido de un modo u otro en numerosas publicaciones, en los medios de comunicación y en el imaginario colectivo de la opinión pública; y es frecuente que se mencione al hablar de las relaciones entre la civilización occidental y la islámica.

En el caso concreto de España, la presencia del islam y de la cultura magrebí en nuestro suelo —tanto en la etapa medieval como actualmente— influye sobre la percepción del español de a pie sobre lo árabe-islámico. La Edad Media ha dejado en el inconsciente colectivo de los españoles la imagen del musulmán como «el enemigo» por excelencia (Viguera Molins, 1995). Figura que fue revitalizada con motivo de las guerras coloniales que sostuvo España en Marruecos a mitad del siglo xix y principios del xx.

Por otro lado, hoy día la creciente llegada a nuestro país de inmigrantes procedentes de la ribera sur supone un desafío todavía no resuelto para el diálogo cultural entre España y los pueblos árabes del Mediterráneo. La correcta integración de las comunidades e individuos en nuestra sociedad, que respete al mismo tiempo su especificidad propia, constituye un decisivo ejercicio de multiculturalidad y de convivencia. En caso de ser positivo, el resultado de tal integración contribuirá a una mejor percepción de los países y pueblos del Sur. Por contra, el fracaso de la convivencia bien por el hermetismo de las comunidades inmigrantes, bien por el brote de reacciones xenófobas en la sociedad española —la «discriminación por el rostro» en palabras de Bichara Khader—, puede perjudicar sensiblemente al entendimiento recíproco entre nuestro país y los musulmanes mediterráneos.

A nivel de Estado, de dirigentes y elites políticas, la percepción sobre el islam, y en particular, sobre el islamismo suele ajustarse más a la realidad. A pesar de que en ocasiones se han realizado declaraciones que expresan una preocupación alarmante por el fenómeno, Estados Unidos y Europa —especialmente los países mediterráneos— han procurado mantener una política no confrontacional y de discernimiento real de amenazas. Al mismo tiempo, las cancillerías occidentales suelen practicar la prudencia en sus informes públicos, pues la experiencia ha demostrado que algunos líderes islamistas se han servido de determinadas declaraciones para alimentar el clima de confrontación Occidente-islam. Tal fue el caso de las declaraciones del anterior presidente de la República de Irán, Hashemi Rafsanjani, en el decimosexto aniversario de la revolución: Occidente, y particularmente Estados Unidos, buscan la confrontación con el fundamentalismo islámico del mismo modo que ellos desafiaron al comunismo. De la misma forma, en la Cumbre Islámica celebrada en Jartum, en marzo de 1995, uno de los temas tratados fue que el hecho de que Occidente estuviese aplicando a los musulmanes un esquema propio de la guerra fría (Yerejian, 1995).

Hoy día, para los estadistas occidentales, el islam como civilización no representa una amenaza. El problema lo plantean los grupos radicales que no admiten la democracia, que rechazan el diálogo con Europa y Estados Unidos, y que emplean la violencia. Por tanto, para Occidente la cuestión del islamismo no se sitúa en el marco de un hipotético «choque de civilizaciones», sino en los desafíos que puede suscitar la conducta de tales grupos en el orden regional. A su vez, para los gobiernos occidentales la verdadera fuente de riesgos se encuentra en la inestabilidad económica, política y social de algunos de los países que componen el llamado mundo árabe. Por tanto, su análisis no se reduce a las cuestiones ideológicas, sino que incluye los graves problemas que afrontan dichas naciones.

En cierto modo, y como elemento de la política exterior, el islamismo se asemeja ante los ojos de los dirigentes europeos a un nacionalismo radical. Esto es lo que se desprende, por ejemplo, de un informe de la Asamblea de la Unión Europea Occidental sobre la seguridad en el Mediterráneo, presentado en mayo de 1993 por *míster* Roseta en nombre del Comité Político (WEU Assembly, 1993): Si la proliferación de tales armas (de destrucción masiva), coincide con la llegada al poder en ciertos países de nacionalistas duros o de fundamentalista islámicos, podría perjudicar a la estabilidad de la región. Siendo más posible que las intenciones hostiles se dirigiesen contra los países vecinos antes que contra Europa Occidental. Este mismo informe presenta al islamismo como un obstáculo para el diálogo cultural en el Mediterráneo, la consolidación del fundamentalismo islámico ha difundido e intensificado los sentimientos antioccidentales en la región sur del Mediterráneo. A largo plazo, esto quizás tenga influencia negativa para el diálogo entre Europa y la región sur mediterránea. Según la visión europea, particularmente de los países mediterráneos, el islamismo constituye una fuente de riesgos, ya que puede llegar a poner en peligro la estabilidad de los regímenes del norte África.

En los últimos años, algunos especialistas europeos (Martín Muñoz, 1997) han adoptado una postura más ecuánime ante el llamado fundamentalismo islámico, aconsejando una integración de tales movimientos en la vida política y social de los países del Magreb. La experiencia de Argelia ha demostrado que los problemas que pueda plantear el islamismo no se resuelven mediante su exclusión. Se trata de una realidad ideológica y social a la que hay que permitir su desarrollo, procurando al mismo tiempo que respete las libertades políticas, y que adopte una postura

moderada en el terreno internacional. En este sentido, se confía en que su inclusión en el sistema puede facilitar su moderación. Por tanto, la postura europea está cambiando del rechazo absoluto, por considerarlo un «factor de inestabilidad», a una actitud más abierta, aunque todavía recelosa.

Por su parte, la visión norteamericana responde a su especial percepción del problema, y de los riesgos que éste puede plantear a sus intereses, sobre todo a raíz de la negativa experiencia de Irán. La política de Estados Unidos con respecto al «fundamentalismo islámico» comenzó a elaborarse durante la Administración Reagan. No exenta de ambigüedades, prevalecía una actitud de rechazo hacia dichos grupos, debido especialmente a las relaciones hostiles con Teherán. En los últimos años, se ha logrado una diferenciación entre los movimientos que hacen uso de la violencia y aquellos que optan por la vía política como camino para lograr sus reivindicaciones. Actualmente, Washington considera «mal islamismo» al primero, y mantiene una política dura contra los actuales Estados islamistas (Irán, Sudán y Afganistán) por el apoyo que dichos países prestan a los grupos violentos. Sin embargo, su actitud hacia los islamistas que no empuñan las armas es mucho más conciliadora, tal como se desprende de las siguientes declaraciones de Robert Pelletreau, anterior subsecretario de Estado, sobre la crisis argelina: el Gobierno de Estados Unidos ha insistido repetidamente a los líderes de Argelia, al más alto nivel, la necesidad de concretar los pasos convenientes para establecer un diálogo con los elementos de la oposición —laicos e islamistas— con el fin de encontrar una solución pacífica a la crisis argelina (Gordon, 1996: 50). Asimismo, Washington reconoció la existencia de contactos con líderes del Frente Islámico de Salvación (FIS) en el exilio, tal como declaró en el año 1994, Mark Parris, secretario de Estado para los Asuntos de Oriente Próximo. En esas declaraciones Parris aclaró que el FIS no era responsable de las acciones violentas que estaba llevando a cabo el Grupo Islámico Armado. En junio de ese mismo año el presidente Clinton confirmó nuevamente la existencia de dichos contactos (Lawless, 1996).

### *Occidente percibido desde el islam*

El legado histórico, al que nos hemos referido en el comienzo de este epígrafe, ha influido notablemente sobre la percepción árabe-islámica de Occidente. Según Nour Eddine Affaya, tres acontecimientos históricos de carácter militar, político y cultural, han marcado las relaciones entre las orillas norte y sur del Mediterráneo; entre Europa y el islam. Esos tres

momentos han sido: las Cruzadas, la caída del reino musulmán de al-Andalus y la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto en 1798.

Los musulmanes de la Edad Media percibieron la penetración de las Cruzadas como una guerra entre los francos y el islam en nombre de un ideal religioso. Asimismo, consideraron la pérdida del reino de Granada como una doble revancha cristiana que vengaba la recuperación de Jerusalén por Saladino y la caída de Constantinopla. La pérdida definitiva de al-Andalus se interpretó como una victoria sobre los musulmanes, y como el comienzo de una nueva época en la historia de Europa. Anunciaba el Renacimiento e iniciaba el camino hacia el Siglo de las Luces que culminaría en las grandes revoluciones políticas, científicas e industriales que generaron un tipo de producción económica en evolución continua, que a su vez desbordaba las fronteras geográficas en busca de nuevos recursos y nuevos mercados. Esa Europa moderna no pudo limitarse a su marco geográfico; hizo de la expansión uno de sus mecanismos de reproducción; y en esta coyuntura es cuando Napoleón Bonaparte realizó su expedición a Egipto. Marcando el inicio de la etapa colonial, e introduciendo los nuevos valores occidentales en la civilización islámica.

En la época contemporánea y tras los procesos de colonización y posteriores guerras de liberación a las que nos hemos referido anteriormente, el imaginario musulmán sobre Occidente se ha visto afectado negativamente por el sentimiento de frustración que produjo la derrota árabe en la guerra de los Seis Días. Acontecimiento que marcó también la decadencia del nacionalismo árabe, acaudillado por Nasser. Del mismo modo, determinados acontecimientos internacionales de los últimos años han contribuido a formar en la conciencia colectiva de las sociedades de la orilla sur una imagen estereotipada del mundo occidental, de Europa y —especialmente— de Estados Unidos. Entre esos sucesos recientes destacan el todavía no resuelto problema palestino-israelí, y la guerra —y posteriores intervenciones militares— contra Irak.

El conflicto del Golfo ha influido muy negativamente en la percepción árabe de Occidente. Hasta ese momento, y aún ahora, la principal amenaza regional del pensamiento estratégico árabe se situaba en el Estado de Israel; el peligro, o la amenaza, del Norte apenas era tenido en cuenta (Saaf, 1994). La intervención occidental contra Irak supuso un importante cambio en este sentido. Fátima Mernissi (1992: 14) lo describe del siguiente modo: En plena agitación por el hundimiento del *hiyab* (muro) de Berlín, los europeos aparecían ante las masas árabes, justo antes del

bombardeo de Bagdad, como los promotores del credo democrático que proponía la resolución del problema de la violencia y la reducción de su uso. La poderosa oleada de esperanza universal levantada por el canto de libertad de los europeos y la promesa de condenar la violencia fueron bruscamente, brutalmente burladas por la guerra. Una guerra en la que las desconcertadas masas árabes asistieron, en sólo unos meses, como en las malas pasadas de los cuentos de *Las mil y una noches*, al adormecimiento de aquella humanista juventud europea que cantaba la no violencia y a la aparición en sus televisiones de otra raza que habían olvidado: la de los viejos generales con quepis y medallas, idénticos a los del ejército colonial, que contaban con orgullo las toneladas de bombas que arrojaban sobre Bagdad.

A pesar de la actitud ambigua de numerosos gobernantes árabes, e incluso del apoyo militar que algunos países musulmanes prestaron a la coalición internacional, las sociedades del Magreb se decantaron en su mayoría por el lado iraquí. Las calles y plazas de numerosas ciudades de la ribera sur fueron testigos de multitudinarias manifestaciones en la que cientos de miles de personas corearon a favor del pueblo de Irak, mientras quemaban banderas de países occidentales. En Marruecos se produjeron las manifestaciones más numerosas desde la independencia, y los sindicatos marroquíes —organizadores de una huelga general en solidaridad con Irak que fue prohibida por el Gobierno— advirtieron de que una profunda herida histórica, con su origen en las Cruzadas, se ha vuelto a abrir (*El País*, 29 de enero de 1991). A los ojos de la sociedad árabe, la guerra para liberar Kuwait adquirió el carácter de un conflicto entre Occidente y el islam; como afirmó Hussein de Jordania: esto no es una guerra contra Irak, es una guerra contra todos los árabes. Sadam Husein se presentó ante el mundo como «el nuevo Saladino», comparación que en Occidente resultaba ridícula, pero que para un espectador musulmán identificaba al dictador iraquí con el príncipe medieval que derrotó a los cruzados.

Según Saaf, el mundo árabe se siente permanentemente amenazado y la experiencia del Golfo ha alimentado, y justificado en parte, tales temores: hoy día, los escritos estratégicos árabes coinciden en señalar el agravamiento de la situación después de la derrota de Irak y la mayor incapacidad de los Estados árabes. Predomina el sentimiento de una gran inseguridad (Saaf, 1994: 20). Los bombardeos norteamericanos contra las instalaciones de almacenamiento y fabricación de armas de destrucción masiva iraquíes en diciembre de 1998, y los enfrentamientos que se producen con relativa frecuencia entre las fuerzas de ambos países mantie-

nen viva la percepción de un Occidente opresor y que aplica una doble vara de medir en función de sus intereses, máxime cuando tales acciones no se ven acompañadas de medidas coercitivas contra el Estado de Israel por su incumplimiento y violación de las resoluciones de la Organización de Naciones Unidas, y del Acuerdo de Paz de Oriente Medio. Los gobiernos árabes de la región del Golfo no han respaldado las acciones norteamericanas contra Irak en los años posteriores a la guerra a causa del malestar público que provocaban tales intervenciones (Khalilzad y Lesser, 1998). Por otra parte, las dificultades que comenzó a sufrir el proceso de paz de palestino-israelí tras la victoria electoral de Benjamin Netanyahu, además de agravar un importante problema regional, han empeorado la imagen de Occidente, y constituyen un elemento negativo más en la percepción que se tiene desde la ribera sur.

La insistencia de los gobiernos occidentales en tratar sobre las cuestiones de seguridad en sus relaciones con los países de la ribera meridional del Mediterráneo, así como las declaraciones esporádicas y alarmistas sobre la «amenaza del sur» contribuyen también a acrecentar la inseguridad de los países árabes, al ser identificados como posibles enemigos, y, por tanto, eventual objeto de una intervención armada. Además, tales declaraciones son hábilmente utilizadas por los líderes islamistas o por otros intelectuales antioccidentales con el fin de detractar la actitud europea o norteamericana. Todo lo cual fomenta un sentimiento de desconfianza en las sociedades magrebíes —y de otros países musulmanes— que pone trabas a las relaciones de sus dirigentes con los gobiernos europeos, de modo especial en todo lo referente a la cooperación en materia de seguridad militar (Maalmi, 1996).

Otros autores consideran peligroso el intervencionismo occidental al pretender implantar los modelos políticos europeos en los países árabes. La participación de todos los ciudadanos en el proceso político y en la «prosperidad» nacional debe hacerse sin otra presión que la de las poblaciones afectadas, en armonía con sus creencias y su identidad cultural. He ahí la esencia misma de la democracia. Las políticas intrusivas de Europa tienen un tufillo de «misión civilizadora» cuyas heridas no han terminado de cicatrizar en la región. Esas políticas resaltan la percepción de una Europa dominante y culturalmente «desestructurada» (Alaoui, 1992: 113). Las declaraciones de algunos líderes políticos occidentales cuestionando la cooperación con aquellos gobiernos que no respeten la democracia y los derechos humanos despiertan también el temor ante una nueva forma de imperialismo cultural y de injerencia en los asuntos internos de los

Estados (Chourou, 1998). Esta visión de Occidente también la comparten y denuncian los grupos político-religiosos.

El mundo musulmán se siente despreciado por Occidente. Según el escritor libanés Amin Maaluf (de origen cristiano), los europeos en general siguen manteniendo contra el islam prejuicios cuyo origen data de la Edad Media. Aunque lo oculten o lo expresen de otro modo, la gente sigue pensando como hace 100, 200 o 1.000 años. Respecto a la percepción mutua entre ambos mundos, este autor afirma: Hoy por hoy la actitud de Occidente es de hostilidad sistemática frente al mundo árabe, y la de las comunidades musulmanas de desconfianza respecto a Occidente. Esto es realidad aunque sea lamentable (Maaluf, 1999: 47).

Por otra parte, la percepción del mundo occidental se realiza también desde la óptica Norte-Sur. El desarrollo económico y el Estado de bienestar de las sociedades europeas representan un reclamo para amplios sectores de las poblaciones de los países del Magreb. Las antenas parabólicas de los particulares y de los cafetines de la ribera sur transmiten diversidad de imágenes —en parte idealizadas— de la sociedad de consumo del otro lado del Mediterráneo, que contrastan de forma estridente con la realidad magrebí. Este fenómeno, unido a los testimonios —críticos y favorables— de los inmigrantes que viven en la otra ribera, generan un sentimiento contradictorio de admiración y de frustración respecto al mundo occidental. Por su parte, las restricciones impuestas por los Acuerdos de Schengen para la entrada en el espacio europeo se perciben como una vejación y una medida egoísta. La severidad en la concesión de visados provoca sentimientos antieuropeos en amplios sectores de las sociedades magrebíes (Yata, 1998). Como afirma Abdelwahab Biad (1996: 41): La cooperación entre ambas orillas se ha convertido en un imperativo con el fin de evitar la visión del Mediterráneo como un nuevo frente del conflicto imaginario entre el Norte y el Sur.

#### *Las claves para la cooperación cultural entre Occidente y el islam*

La situación descrita evidencia la necesidad de profundizar en un mayor conocimiento y cooperación entre ambas culturas.

Retomando las ideas de José Antonio Sainz de la Peña sobre el proceso cultural de fomento de confianza, conviene aclarar que el objetivo no es lograr un consenso o una igualdad en los puntos de vista sino conseguir un mejor conocimiento recíproco que elimine desconfianzas y un respeto mutuo de las diferencias. Ésta es una idea de partida básica.

La segunda cuestión importante se refiere a los actores de dicha cooperación. Tal como adelantábamos, la cooperación cultural recae no sólo sobre los Estados sino sobre todas las instituciones culturales, educativas, científicas y religiosas, así como sobre distintos grupos de la sociedad civil. En el epígrafe siguiente, en el que se detallan las acciones realizadas hasta el momento en este terreno, comprobaremos que se ha pretendido aplicar dicho esquema.

Por último, aunque efectivamente todas los medios de cooperación cultural son importantes, dos de ellos revisten —a nuestro juicio— una especial importancia, y sobre ellos conviene incidir con el fin de lograr mayores avances. Se trataría de los siguientes:

- Favorecer el conocimiento de la realidad del «otro» a través de los medios de comunicación. Hoy día los profesionales de la información juegan un papel determinante en la cooperación cultural.
- Promover el conocimiento de la realidad del «otro» y la supresión de prejuicios en la educación básica, media y superior. Haciendo especial hincapié en las dos primeras. Esto convierte a los profesores y educadores en los protagonistas de este aspecto de las CBM culturales, y requiere la revisión de los programas y curricula educativos con este fin.

### **La cooperación cultural en el Mediterráneo Occidental**

Dedicaremos las páginas siguientes a esbozar las iniciativas, actividades y programas de cooperación cultural más destacados que hasta el momento se han puesto en práctica en la región. Como señalamos al comienzo de este capítulo, no es nuestra intención ofrecer una enumeración y descripción exhaustiva de los mismos, ya que no es ese el fin de este trabajo. Lo que pretendemos es ofrecer una panorámica general de las líneas de acción desarrolladas hasta la fecha y de los proyectos que existen cara al futuro; con el objeto de constatar la importancia creciente que está recibiendo la cooperación en el ámbito de la cultura, y el interés que tal cooperación pone en la mejora de la percepción entre ambas riberas del Mediterráneo.

Hasta noviembre del año 1995, la cooperación cultural en el área mediterránea se limitaba prácticamente a lo estipulado por los acuerdos bilaterales entre los países de la región. En el plano multilateral los temas culturales se encontraban previstos en iniciativas como la Conferencia de

Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM), el Grupo 5+5 o el Foro Mediterráneo, pero su desarrollo se vio limitado por el escaso éxito de tales proyectos.

Ha sido a partir de la Conferencia de Barcelona y de la puesta en marcha del Proceso Euromediterráneo cuando han comenzado a concretarse las acciones de cooperación cultural a escala multilateral. Es de destacar que la cooperación en esta materia se entiende principalmente en términos de fomento de la confianza, tal como hemos analizado en los epígrafes anteriores. Así lo expresaban los ministros de Asuntos Exteriores de los 27 países firmantes de la Declaración de Barcelona:

«Los participantes reconocen que las tradiciones de cultura y de civilización de todo el Mediterráneo, el diálogo entre estas culturas y los intercambios humanos, científicos y tecnológicos son un factor esencial para el acercamiento y la comprensión entre sus pueblos y para la mejora de la percepción recíproca.»

Las actividades que se llevaron a cabo dentro del marco de cooperación euromediterránea fueron las siguientes:

- Tres talleres preparatorios de la Conferencia de Bolonia sobre patrimonio cultural.
- Taller sobre conservación del patrimonio, celebrado en Arles durante los días 9 y 10 de febrero de 1996.
- Taller sobre acceso al patrimonio, celebrado de Berlín durante los días 23 y 24 de febrero de 1996.
- Taller sobre el patrimonio como factor de desarrollo duradero, celebrado en Ammán durante los días 22 y 23 de marzo de 1996.
- Conferencia ministerial sobre patrimonio cultural, celebrada en Bolonia durante los días 22 y 23 de abril de 1996.
- Conferencia sobre las relaciones entre el mundo islámico y Europa, celebrada en Ammán durante los días 10 al 13 de junio de 1996.
- Conferencia sobre el islam contemporáneo, celebrada en Copenhague entre los días 17 y 18 de junio de 1996.

Estas reuniones sirvieron para poner en marcha diversas acciones conjuntas en el ámbito cultural, sobre todo en cuestiones relacionadas con el cuidado del patrimonio artístico. En este campo concreto se consideraron como pasos más urgentes el conocimiento del propio patrimonio, la elaboración de una política patrimonial, la formación de especialistas y de instructores en materia de conservación de bienes culturales, y el diseño de programas que favorezcan la valoración del patrimonio.

La II Conferencia Euromediterránea celebrada en Malta durante los días 15 y 16 de abril de 1997 tuvo como objetivo principal estudiar la evolución del Proceso iniciado en Barcelona e impulsar los trabajos ya comenzados. En las conclusiones finales los ministros de Asuntos Exteriores de los países participantes volvieron a insistir en la importancia de la cooperación cultural para la convivencia en la región, al recordar que las tradiciones culturales y de civilización de una y otra parte del Mediterráneo, el diálogo entre estas culturas y los intercambios humanos, científicos y tecnológicos son un componente esencial del acercamiento y de la comprensión entre sus pueblos y una de la percepción mutua.

Sin embargo, y como puede apreciarse con facilidad, las actividades realizadas entre las dos Conferencias Euromediterráneas no han resultado suficientes para lograr tal conocimiento entre las dos culturas que baña el Mediterráneo. Esta fue una de las críticas apuntadas por el Foro Civil Euromed, que lamentó en la declaración final de su encuentro en Malta que el retraso de la puesta en marcha del Programa MEDA ha podido ser un obstáculo para las iniciativas interculturales propuestas en Barcelona, debilitando así el espíritu de asociación. El Programa MEDA es el instrumento financiero que cubre la cooperación descentralizada

Al mismo tiempo, el Foro Civil Euromed abordó en la citada reunión de Malta el tema del diálogo intercultural a través de dos grupos de trabajo. En los informes emitidos por ambos grupos se destacó que la percepción del «otro» obedece a estereotipos que bloquean el diálogo positivo y pluricultural; y, al mismo tiempo, se llamó la atención sobre la necesidad de acometer las siguientes tareas:

- Conceder mayor protagonismo a la sociedad civil dentro de una expresión plural, diversificada y representativa. La Asociación Euromediterránea no se puede construir armoniosamente, si el diálogo entre los pueblos permanece bloqueado.
- Continuar el desarrollo del diálogo religioso sin limitarlo al sentido teológico, sino extendiéndolo a cuestiones sociales.
- Incentivar la traducción a lenguas mediterráneas la producción política, filosófica, literaria y científica de la región.
- Desarrollar en los cursos escolares y universitarios el conocimiento real y objetivo del «otro» con el fin de evitar prejuicios, estereotipos e interpretaciones fundadas en antagonismos culturales.
- Favorecer los instrumentos de información sobre la cooperación cultural (bases de datos, agendas, becas de información, etc.).

- Desarrollar la formación de formadores en temas de animación a la información y de intercambios culturales entre ciudadanos de ambas riberas del Mediterráneo.
- Animar al diálogo entre los profesionales de los medios de comunicación de la región mediterránea a través de intercambios entre periodistas, de coproducciones de programas de formación, etc.

Los viajes suponen siempre un contacto entre culturas, cualquier forma de turismo de masas o individual puede ser considerada turismo cultural. Es necesaria, sin embargo, una nueva concepción del producto turístico que valore la dimensión cultural específica de cada país.

Las actividades realizadas con posterioridad a la Conferencia de Malta han seguido reiterando la importancia de la cooperación cultural como factor de conocimiento recíproco y de fomento de la confianza. La Conferencia sobre Cooperación en el Sector Audiovisual y de la Televisión, celebrada en Tesalónica en noviembre de 1997, destacó en sus conclusiones la importancia de dicho sector en la consecución de los objetivos de la Asociación Euromediterránea, sobre todo en los campos social, cultural y humano (conocimiento recíproco y comprensión cultural, correcta percepción e información como herramientas esenciales en la ayuda de acercamiento de los pueblos y sociedades de la región).

La Conferencia se marcó distintos objetivos con el fin de lograr el desarrollo de la visión euromediterránea. Esos objetivos incluían la cooperación entre operadores europeos y mediterráneos, el incremento de la transferencia tecnológica, la formación profesional y la cooperación entre las cadenas de televisión y radio, y animar la promoción y distribución de obras cinematográficas originales de los socios euromediterráneos y de la Unión Europea. Hasta el momento, las actividades realizadas a título experimental han consistido en la formación y coproducción en materia de radio, televisión y cine (Programa MED-Media); la emisión de un programa en lengua árabe de la cadena de información Euronews; y el apoyo a festivales de cine mediterráneo y a bases de datos sobre este cine. Uno de los proyectos más destacados en materia audiovisual ha sido la creación de una televisión temática euromediterránea por satélite, plurilingüe y pluricultural, destinada a los países de la región, que tenga en cuenta las relaciones existentes o futuras entre televisiones de los países participantes. Este proyecto se complementaría con el de una cadena radiofónica esencialmente musical y cultural, destinada a los países de este espacio.

Otra iniciativa destacable posterior a la Conferencia de Malta fue la Conferencia Euromediterránea sobre la percepción del «otro» en el Sector de la Educación, celebrada en Mondorf-les-Bains (Luxemburgo) también en noviembre de 1997. En esta Conferencia se destacó la importancia de la escuela, como lugar privilegiado de socialización, y que debe ayudar a que la juventud se reúna con otras culturas. De tal manera, guarda un importante papel en la construcción de la imagen del «otro», como medio para evitar prejuicios y combatir el racismo.

Los participantes subrayaron la importancia de establecer grupos de trabajo mixtos (compuestos por representantes de todos los países involucrados en los diferentes proyectos) con el fin de coordinar la cooperación cultural en materia de información, documentación, investigación, estudios, producción de material didáctico, formación de profesores, intercambios multiculturales, etc. Los resultados de esta cooperación serían la producción de trabajos de investigación sobre alteridad; el análisis de los currículos y material existente; la elaboración de listados de términos con estereotipos implícitos o explícitos; la edición de libros de referencia para profesores y escritores de libros de texto que reflejen múltiples puntos de vista y diferentes identidades culturales como forma de sensibilización de la alteridad; la creación de redes de profesores de institutos y la consolidación de asociaciones entre éstos con el fin de hacer intercambios de forma más regular.

Asimismo, el Grupo de Trabajo Euromediterráneo sobre Diálogo entre Culturas y Civilizaciones, celebrado en Estocolmo en abril de 1998, expresó en sus conclusiones la necesidad de hacer más visible para el público general dicho Diálogo. Los participantes identificaron las siguientes áreas como aquellas en las que conviene intensificar los esfuerzos por lograr un mejor conocimiento:

- Juventud y educación.
- Cooperación audiovisual.
- Cooperación a nivel de sociedad civil y de gobierno sobre la dimensión humana en el campo de la democracia, Estado de Derecho, derechos humanos, cuestiones de género, etc.
- Patrimonio cultural, literatura, música, traducción y arte.

Hasta el momento se han celebrado dos cumbres de ministros de Cultura de los países euromediterráneos. La primera de ellas tuvo lugar en Bolonia en abril de 1996. La segunda se celebró en Rodas en septiembre de 1998. En esta segunda reunión cada uno de los países participantes pre-

sentó distintas ideas e iniciativas a desarrollar en el campo de la cooperación cultural. Enumeramos algunas de ellas a título de ejemplo:

- Un Festival Anual de Cine de las compañías de televisión euromediterráneas (Austria).
- Implantación del proyecto de traducción de un millar de libros dentro de la estructura de cooperación euromediterránea (Egipto).
- Olimpiada Cultural. Incorporación de una dimensión cultural a las Olimpiadas de Atenas del año 2004 (Grecia).
- Creación de Instituto Mediterráneo del Patrimonio Artístico (Grecia).
- Festival de Música Litúrgica en Tierra Santa en el año 2000 que incluya la participación de los líderes religiosos (Israel).
- Red cibernética entre artistas euromediterráneos con motivo de la celebración conjunta del año 2000 (Portugal).
- Foro Universal de Culturas a celebrar en Barcelona en el año 2004 (España).
- Festival de Teatro Clásico Mediterráneo (Túnez).

### **La cooperación cultural de España en el Mediterráneo Occidental**

Por último, vamos a dedicar unas breves líneas a la cooperación cultural española con los países del Magreb en el ámbito bilateral. Como comprobaremos la mayor parte del esfuerzo económico y de las actividades desarrolladas se enmarca en las relaciones con Marruecos. La cercanía geográfica de este país, la importancia de nuestros intereses en relación con él y la existencia de antiguos lazos históricos privilegian y motivan una abundancia e intensidad de contactos, escasamente comparable a los que mantienen España y el resto de Estados del Magreb.

Desde el año 1954, el Instituto Hispano Árabe de Cultura fue el instrumento de la cooperación cultural de España con los países de la ribera sur. A partir del año 1995, sus funciones fueron asumidas por el Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe (ICMA) y ampliadas al campo de la cooperación técnico-científica. Entre sus actividades se incluían las siguientes tareas:

- Programación y ejecución de los proyectos de investigación y difusión de las culturas respectivas.
- Coordinar los intercambios con las instituciones correspondientes de los países árabes.

- Ejecutar acciones concretas de revalorización y fomento de los vínculos culturales hispano-árabes y realizar programas de investigación, estudio y defensa de la cultura común árabe e hispánica.
- Desarrollar proyectos de difusión de la cultura hispánica en el mundo árabe y de la cultura árabe en España, así como cursos, seminarios, conferencias, exposiciones y congresos sobre temas históricos y de actualidad, comunes a ambas realidades.
- Mantener intercambios con las correspondientes instituciones de aquellos países, desarrollar programas de cooperación científico-técnica, y ejecutar proyectos específicos de cooperación económica mediante el concurso de la iniciativa pública y privada con los países árabes

El ICMA ha sido sustituido por el Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Mediterráneo y Países en Desarrollo (ICMAMPD), ampliando el marco geográfico de aquél, al integrar las áreas del extinto Instituto de Cooperación para el Desarrollo.

En el ámbito de la cooperación cultural, el ICMAMPD ha ido asumiendo progresivamente las funciones anteriormente asignadas a la Dirección General de Relaciones Culturales, tales como la organización de lectorados, misiones arqueológicas, cooperación interuniversitaria, concesión de becas, etc. En el año 1997, el Programa de Cooperación Interuniversitaria Hispano-Marroquí, en el que participa el ICMAMPD, concedió algo más de 50 millones de pesetas para la financiación de proyectos de investigación y acciones complementarias realizados por las universidades españolas y marroquíes.

El ICMAMPD es también el organismo encargado de representar a España en los foros multilaterales celebrados en el Mediterráneo, en coordinación con la Dirección General de África y Medio Oriente, como el Grupo 5+5, la CSCM o las Conferencias Euromediterráneas (Núñez de Villaverde y Hernando de Larramendi, 1997).

A su vez, en el desarrollo de proyectos de difusión de la cultura hispánica en el mundo árabe y de la cultura árabe en España el ICMAMPD coopera estrechamente con el Instituto Cervantes. Este organismo, creado en el año 1991 para la promoción y difusión de la cultura española fuera de las fronteras del país, centra, sin embargo, su actividad en el ámbito de la docencia del idioma español. En el año 1993 se integró en dicho Instituto la red de centros culturales de España en el Magreb. Actualmente existen cinco centros en Marruecos, uno en Argel, y otro en Túnez. Los de Ma-

rruecos tiene su sede en Casablanca, Tánger, Rabat, Fez y Tetuán; y en ellos cursan estudios de lengua española unos 7.700 alumnos marroquíes. Por otra parte, España tiene diez centros educativos en Marruecos —el principal es el Instituto de Enseñanza Media «Averroes» en Rabat— en los que estudian 3.500 alumnos, pertenecientes a la clase media-alta del país. Posteriormente, algunos de los alumnos realizan sus estudios universitarios en España. En la actualidad hay en España 5.000 marroquíes en las universidades españolas, que cursan en su mayor parte las carreras de Medicina y Farmacia.

Al margen de las actividades realizadas por estos organismos de cooperación, existen otro tipo de iniciativas desarrolladas por comunidades autónomas, como es el caso, por ejemplo, del convenio firmado en abril de 1992 por la Junta de Andalucía y el Ministerio de Educación marroquí sobre la colaboración entre las universidades andaluzas y marroquíes. La Junta ha sido también la promotora de la Fundación de las Tres Culturas, proyecto en el que cuenta con la colaboración del Gobierno de Marruecos. Fue constituida el 8 de septiembre de 1998 y su sede está situada en el pabellón de Marruecos de la Expo'92 de Sevilla. Las actividades desarrolladas hasta el momento incluyen la creación de un Fondo de Documentación sobre la Coexistencia de las Tres Culturas, la organización de un Seminario sobre la Cooperación Andalucía-Marruecos, y la celebración de unas jornadas sobre la herencia andalusí. En el acto de constitución, el consejero del rey de Marruecos, André Azoualy, se refirió a la finalidad de esta iniciativa declarando que la Fundación deberá ayudar a conocernos mejor, y permitir así borrar los temores y los estereotipos que contaminan y traban la calidad de la cooperación. Las actividades de la Fundación de las Tres Culturas resultan complementarias con las desarrolladas por la Junta de Andalucía a través de la Fundación del Legado Andalusí en el ámbito cultural y turístico.

Otra iniciativa de interés, aunque a día de hoy parcialmente estancada, es la Universidad Euroárabe. Dicha institución fue creada a partir de una resolución del Parlamento Europeo el día 30 de marzo de 1984. Su rectorado se encuentra en Granada, y en su sede se han celebrado diversos seminarios y cursos en el campo de las ciencias sociales y, especialmente, en el estudio del desarrollo sostenido en los países menos avanzados. Sin embargo, se trata de un proyecto que ha quedado a medio camino.

Asimismo, en los Tratados de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación firmados por España con Marruecos y Túnez las partes firmantes se com-

prometieron a la cooperación cultural en el ámbito de la enseñanza y la educación, al fomento de las relaciones interuniversitarias, y a la colaboración en el ámbito audiovisual entre sus respectivos entes públicos de radio y televisión. El Tratado con Marruecos ha sido el origen del Comité Mixto Interuniversitario Hispano-Marroquí y del Comité Averroes; este último, integrado por un alto funcionario y ocho personalidades de la sociedad civil de cada parte, está presidido por los dos ministros de Asuntos Exteriores. Su misión consiste en estudiar las vías idóneas para eliminar prejuicios y promover el conocimiento y la comprensión mutua de ambos pueblos (Bennani, 1996). Una de las últimas acciones realizadas por el Comité ha sido la creación de la Asociación Hispano-Marroquí de Historiadores y Geógrafos.

Sin embargo, y a pesar de las actividades e iniciativas descritas, la presencia cultural de España en el Magreb es todavía escasa. En el caso de Marruecos resulta especialmente lamentable, ya que a los lazos históricos que existen entre ambos países desde hace siglos se unió la presencia colonial española, finalizada hace menos de medio siglo. La potencia extranjera que ejerce una mayor influencia cultural en la región es Francia. Por tanto, nuestro país deberá incrementar su presencia y relaciones culturales con los países magrebíes si, además de favorecer el mutuo conocimiento, desea jugar un papel destacado en la zona en términos políticos, económicos y de seguridad. Algo que nos corresponde por nuestra posición geográfica, por razones culturales y por la potencialidad real de nuestro país.

## **Conclusiones**

Como conclusión de todo lo tratado en este capítulo, queremos subrayar nuevamente la importancia de la percepción para el éxito de la cooperación internacional en todos los ámbitos —incluido el de la seguridad—, y el destacado papel que en este sentido puede jugar la cooperación cultural.

Lo expuesto sobre las actividades y proyectos de la Iniciativa Euromediterránea, demuestra la conciencia que existe entre los actores de la región sobre la necesidad de mejorar el conocimiento y la comprensión recíproca. Los campos en los que se pretende trabajar —especialmente el audiovisual y el de la educación— parecen ser los más acertados y eficaces. Asimismo, el interés del Foro Civil Euromed por el diálogo intercultural

ral descentralizado es correcto, ya que no se lograrán verdaderos resultados en tal diálogo hasta que éste no se establezca y consolide entre los diferentes actores sociales.

Sin embargo, lo realizado hasta ahora dentro del marco euromediterráneo constituye simplemente la apertura de un camino que hay que recorrer. La fase que podríamos denominar institucional ya está iniciada. Ahora entramos en la etapa decisiva: la de involucrar a las bases sociales y a las iniciativas privadas —en definitiva, a los pueblos mediterráneos— en los mecanismos de conocimiento recíproco y entendimiento mutuo.

Por último, será necesaria una mayor contribución financiera de la ribera sur, ya que hasta el momento la mayor parte del esfuerzo económico en materia de cooperación cultural ha recaído sobre los países europeos. En la medida de sus posibilidades, los socios árabes deben implicarse y sostener el proyecto euromediterráneo con el fin de que éste no padezca asimetrías que acaben generando prejuicios y suspicacias mutuas: precisamente lo que se pretende eliminar.

## Bibliografía

- AGUIRRE, M.: «La paz conflictiva de la zona mediterránea», en VV. AA. *Los desafíos del Mediterráneo*, pp. 9-12, INET. Córdoba, 1997.
- AJAMI, F.: «The Summing», *Foreign Affairs* volumen 72, número, 4, pp. 2-9. 1993.
- ALAOU, A. B.: «Europa-Magreb, el desafío de la coprosperidad», *Revista Española de Defensa*, número 55, pp. 112-113. 1992.
- ARON, R.: «Paz y guerra entre las naciones», *Revista de Occidente*. Madrid, 1963.
- BENANI, A.: «Relaciones culturales y cooperación científica hispano marroquíes: un balance cuarenta años después de la independencia del Magreb», *Awraq*, XVII, pp. 283-292. 1996.
- BIAD, A.: «L'Algérie et la Méditerranée: perception de vulnérabilités et besoin de coopération»; en MARQUINA, A.: «Mutual Perceptions in the Mediterranean. Unity and Diversity», UNISCI, *Publisud, Afes-Press*, pp. 255-273. Madrid, 1998.
- BUNES, M. A. DE: «Causas del distanciamiento cultural en la Edad Moderna», en VIAÑA, E. y HERNANDO DE LARRAMENDI, M. (ed.): «Cooperación cultural en el Occidente Mediterráneo», pp. 193-208. Fundación BBV. Madrid, 1995.
- CAMPO, S. DEL: «La opinión pública española y la política exterior». Informe INCIPE 1998. Madrid, 1998.
- CHADNA, N.: «Confidence Building Measures: Theoretical Perspective», en BRAUCH, H. G. (ed.): «Confidence Building, Verification and Conversion. Contributions to the First Pan-European Conference on International Studies», *Afes Press Report*, número 30, pp. 9-35. Heidelberg, 16-20 de septiembre de 1992.

- CHOUROU, B.: «Redefining Mediterranean Security: a View from the South», en MARQUINA, A.: «Mutual Perceptions in the Mediterranean. Unity and Diversity», UNISCI, *Publisud, Afes-Press*, pp. 274-294. Madrid, 1998.
- COULOUMBIS, T. A. y VEREMIS, T.: «In Search of New Barbarians: Samuel P. Huntington and the Clash of Civilizations», pp. 36-44. *Mediterranean Quarterly*, volumen 5, número 1. 1994.
- DJEREJIAN, E. «United States Policy Toward Islam and the Arc of Crisis», Rice University. 1995.
- DOWNS, G. W. ROCKE, D. M. y SIVERSON, R. M.: «Arm Races and Cooperation», *World Politics*, volumen 398, número 1, pp. 118-146. 1985.
- Entrevista a Amin Maaluf: *Ideal*, p. 47. 23 de marzo de 1999.
- FERNÁNDEZ, P.: «Relaciones Euromediterráneas de Barcelona 1995 a Malta 1997». Dossier Documental, CERI. Madrid, 1997.
- Relaciones euromediterráneas. Documentos para el periodo 1997-1998, CERI. Madrid, 1999.
- FULLER, G. E. y LESSER, I. O.: «A Sense of Siege: The Geopolitics of Islam and the West», *Westview Press*. Boulder and Oxford. 1995.
- GAMARRA, Y.: «La cooperación internacional en su dimensión cultural y el progreso del Derecho Internacional», Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid, 1998.
- GIDDENS, A.: *Sociología*. Alianza Editorial. Madrid, 1998.
- GORDON, B. «Islam: Washington's New Dilemma», *Mediterranean Quarterly*, pp. 43-52. Marzo, 1996.
- GUBA, E. G. y LINCOLN, Y. S.: «Fourth Generation Evaluation», *SAGE Publications*, Newbury Park. 1989.
- HUNTINGTON, S. P.: «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, volumen 72, número 3, pp. 22-49. 1993.
- *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós. Barcelona, 1997.
- JANE'S INFORMATION GROUP, Jane's 1999, CD-Rom. Londres, 1999.
- LAWLESS, R. I.: «Argelia (History)», *The Middle East and North Africa 1996*, *Europa Publications Limited*, pp. 248-275. Londres, 1996.
- LEWIS, B.: *El lenguaje político del islam*, Taurus. Madrid, 1990.
- LÓPEZ AGUIRREBENGOA, P.: «Reflexiones sobre la II Cumbre Euromediterránea», *Revista Española de Defensa*, número 111, pp. 46-47. 1997.
- LÓPEZ GARCÍA, B.: *EL mundo árabo-islámico contemporáneo. Una historia política*, Síntesis. Madrid, 1997.
- MACINTOSH, J.: «Confidence Building Measures: A Conceptual Approach, East-West», *Monograph Series*, número 4. 1987.
- MARTÍN MUÑOZ, G.: «Razones en contra de la confrontación islam-Occidente», *Revista de Occidente*, número 188, pp. 35-52. Enero, 1997.
- MENÉNDEZ DEL VALLE, E.: «Civilizaciones: seguridad y cooperación», *Revista Española de Defensa*, número 84, pp. 38-41. 1995.

MERNISSI, F.: *El miedo a la modernidad. Islam y democracia*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo. Madrid, 1992.

NÚÑEZ VILLAVERDE, J. y HERNANDO DE LARRAMENDI, M.: *La política exterior y de cooperación de España hacia el Magreb*, Los Libros de la Catarata. Madrid, 1997.

RUBENSTEIN, R. E. y CROCKER, J.: «Challenging Huntington», *International Collection Reader's*, Fall 1994, Special Advertising Supplement, pp. 113-128. SAAF, A.: «Le discours stratégique arabe. Constantes et variations», *Cahier du Lumier*, número 2. 1994.

SAINZ DE LA PEÑA, J. A.: «Confidence Building within the Frame of Cultural Dialogue», en *UNISCI Papers*, número 1, pp. 245-256. 1994.

VIGUERA MOLINS, M. J.: «Al Andalus como interferencia», en ABUMALHAN, M.: *Comunidades islámicas en Europa*, Trotta. Madrid, 1995.

WEU Assembly: «Security in the Mediterranean», Document 1.371. 24 de mayo de 1993.

YATA, F.: «La perception marocaine de la sécurité en Méditerranée: ni alibi, ni placebo»; en MARQUINA, A.: «Mutual Perceptions in the Mediterranean». *Unity and Diversity*, UNISCI, *Publisud*, *Afes-Press*, pp. 249-254. Madrid, 1998.

YEPES STORK, R.: *Fundamentos de antropología*, EUNSA. Navarra, 1996.

En 1995, el entonces secretario general de la OTAN, Willy Claes, realizó la famosa declaración en la que afirmó que el islamismo era al menos tan peligroso como lo había sido el comunismo.

Estados Unidos prestó apoyo militar a los grupos islamistas que luchaban contra las tropas soviéticas durante la guerra de Afganistán, y entrenó a 35.000 voluntarios musulmanes no afganos que tomaron parte en ese conflicto (Jane's, 1999).

Hablar simplemente de cultura islámica puede crear confusión, ya que el islam es una religión que profesan más de 1.000 millones de personas distribuidas por todos los continentes del planeta. El término árabe-islámico tampoco es completamente adecuado, al incluir a colectivos islámicos que no son árabes (como por ejemplo los amazighs) o árabes que no son musulmanes.